

mejor honrar su muerte, objetos pertenecientes al difunto ó que le hubiesen servido. Para los hombres, se destinaban vasos de barro, copas, lámparas, útiles para beber, armas; para las mujeres, espejos, y juguetes para los niños.

En los primitivos tiempos, celebrábanse juegos y fiestas en honor del muerto. Su enterramiento concluía con un banquete ó comida fúnebre. En ésta, ó en el acto de inhumarlo, persona escogida anteriormente decía una oración en elogio del finado.

El duelo duraba treinta días; Licurgo lo limitó á once. Durante este período se llevaba luto. Consistía en prendas sobrepuestas, ensuciadas, y no negras.

Sacrificábase al finir el luto en honor de Demeter (1), y después en obsequio al difunto á lo menos una vez al año, y en el día del aniversario de su muerte, ó nacimiento, en fecha que fijara el testamento, y en la fiesta de la conmemoración de los difuntos, que Atenas celebraba por el mes de septiembre.

Sólo los héroes recibían sacrificios ricos y suntuosos; los demás eran sencillos y de poco coste y efectuados por la tarde. Ofrecíanse, generalmente por la clase menesterosa, frutas y pasteles. Prefería la clase poderosa el sacrificio de animales: la sangre estimábanla como lo más grato á los manes de los no existentes. En cuanto al color de aquéllos, escogiase el negro; el blanco estaba destinado á los dioses. Como excepción, podía el caballo blanco sacrificarse en honor de los muertos. Solón prohibió inmolar el buey. Tampoco faltaban las ofrendas dichas de la bebida como vino, agua, leche, miel y aceite. La ofrenda se ofrecía mezclando el vino con agua, ó la leche con miel, ó en la forma que hubiese usado el difunto durante su vida.

Eran objeto de murmuración y menosprecio, y hasta los magistrados lo tenían en cuenta, los que olvidaban ó no se cuidaban lo que debieran de la tumba de sus parientes.

J. VIDAL Y JUMBERT.

ALEJANDRO Y UN JEFE AFRICANO

En su marcha triunfal á través del mundo, Alejandro de Macedonia llegó á una población del África que, en comarca lejana y apartada, vivía tranquilamente en cabañas sin saber lo que era la guerra ni los conquistadores. Se le condujo á la cabaña del jefe. Reci-

(1) Diosa de la agricultura.

bióle éste de un modo hospitalario, y colocó delante del mismo dátiles de oro, higos de oro y panes de oro.

—¿En este país se come oro?—preguntó Alejandro.

—Creí—respondió el africano—que en la nación tuya existían provisiones para comer. Entonces, sino quieres oro ¿por qué has venido?

—No es el oro que poseéis el que me ha atraído hacia aquí; sino que quise conocer vuestros usos y costumbres.

—Sea—repuso el otro—quédate entre nosotros cuanto te plazca.

Habían concluido la conversación, y dos hombres se presentaron en la cabaña de su jefe, como si allí fuéese donde se administrara la justicia.

Dijo el acusador:

—He comprado una porción de terreno á este hombre y practicando una zanja he hallado un tesoro. No me pertenece, pues yo he comprado solamente la tierra, y no los tesoros que podía ocultar, y, no obstante, el que había sido su propietario, que está aquí presente, no quiere hacerse cargo de él.

Replicó el vendedor:

—Soy honrado como mi contrincante. Vendíle el terreno con todas sus ventajas así presentes como futuras, y por consiguiente, en el trato iba comprendido el tesoro.

El jefe, que al mismo tiempo ejercía de juez supremo, hizo un resumen de lo por ambos expresado, á fin de ver de si los había bien comprendido, y después de haberlo meditado por un momento, dijo:

—Amigo mío ¿creo que tienes un hijo?

—Sí.

—¿Y tú, una hija?—añadió dirigiéndose al otro.

—Sí.

—Pues bien, que se casen, y dadles el tesoro como regalo de boda.

Quedó sorprendido Alejandro y perplejo.

—¿Encuentras injusta mi sentencia?—preguntóle el jefe.

—¡Oh! no—repuso Alejandro—pero me admira.

—¿Pues cómo se hubiera solucionado en tu país esta cuestión?—objetó á su vez el africano.

Te diré la verdad—replicó Alejandro.—Ambos habrían sido reducidos á prisión, y el tesoro sería á beneficio del rey.

—¡A beneficio del rey!—exclamó el jefe sorprendido á su vez, añadiendo:—¿Es que no brilla el sol en tu país?

—Sí, en verdad.

—¿Y llueve también?